

La recuperación de la memoria: la historia oral

Eduardo MATEO

Geografía política. España es un país de medio millón de kilómetros cuadrados que limita a los cuatro puntos cardinales con el miedo.

Antonio Rabinad

A manera de introducción

La transmisión oral ha sido, desde el comienzo de la historia de la humanidad, la más tradicional forma de conservar la memoria colectiva. Antes de que se escribiera la historia, la narración oral transmitía la propia visión de los hechos relevantes de la comunidad. Los antecedentes del relato oral usado metodológicamente para escribir la historia, pueden encontrarse en Herodoto o Voltaire quien, en alguna de sus obras escritas en el siglo XVIII, utilizó los testimonios orales de sus contemporáneos. También Jules Michelet en su obra *Historia de la Revolución Francesa* (1847-1853) consideró los testimonios orales como un documento. En 1948, el periodista Allan Nevis fundó en la Universidad de Columbia el primer centro de historia oral: la "Columbia Oral History Office" y en años posteriores fue creciendo y ampliándose el proyecto en otras universidades y publicaciones. En Gran Bretaña, los antecedentes del desarrollo de la historia oral deben situarse alrededor de 1930 a partir de los "Sound Archives" creados por la BBC de Londres y su posterior utilización por parte de la historia social y la sociología. Durante los años sesenta la amplia difusión de la obra de los historiadores orales Ronald Blythe y Paul Thompson da cuenta de la importancia que se le concedió a partir de ese momento. En Italia, a mediados de la década del cincuenta, se desarrollaron una serie de proyectos destinados a recuperar testimonios de "gente corriente" por entrevistadores no historiadores, Rocco Scotellaro, Edio Vallini y Nuto Ravelli. En 1974, a partir de la publicación de las obras de Franco Ferrarotti, Luisa Paserini y Sandro Portinelli, la disciplina alcanzó un nivel académico. Más recientemente, desde la década de los ochenta, la historia oral ha tenido un desarrollo sostenido en Francia, con la publicación de las obras de P. Joutard y de F. Bédarida y la utilización con fines pedagógicos de los "relatos de vida". En España, los primeros estudios realizados con fuentes orales en el siglo XX, fueron desarrollados a partir de testimonios obtenidos de sobrevivientes de la guerra civil, quienes hicieron posible la recuperación de aspectos de la memoria popular de aquellos acontecimientos³⁾.

123

Si "historia" significa el "conjunto de los hechos ocurridos en tiempos pasados" y "oral" lo "expresado con palabras habladas", la unión de ambas, "historia oral", es esto y mucho más. No define un determinado tipo de historia, basada exclusivamente en la tradición oral, sino que supone fundamentalmente el uso y la valoración positiva de las fuentes orales como una técnica específica de investigación dentro de la historia contemporánea; generalmente también una labor de recuperación de testimonios de personas que vivieron esa época y que de otro modo se perderían irremediamente. La utilización de testimonios directos de quienes

participaron en la gestación de un proceso histórico ha sido objeto de numerosos análisis y utilización por parte de diversas disciplinas: museología, sociología, antropología, psicología, lingüística... entre otras. Todas ellas coinciden en afirmar que la historia oral es la herramienta por excelencia que permite dar respuesta a los problemas que se derivan de la ausencia de fuentes escritas referidas a un determinado período o a una determinada temática. Esta difusión mundial de la historia oral ha suscitado en los últimos tiempos un interés cada vez mayor entre los diversos campos de la investigación. Lo que define el carácter perdurable al tiempo que renovador de la misma, no es la oralidad, ya que la historia de los pueblos se ha transmitido a lo largo de los siglos a través de la tradición oral, sino la labor sistemática de recuperación, de utilización de la fuente oral. Esta recuperación sistemática exige por parte de los investigadores la realización de un complejo diseño de proyecto de historia oral que incluirá la elaboración de una muestra, una selección y búsqueda de informantes, la realización de entrevistas a los mismos, el tratamiento y la transcripción de las fuentes orales.

La aparición de la historia oral empieza a caminar con cierta seguridad, como hemos visto, a partir de los años cuarenta asociado a la Historia Social Contemporánea, y se asienta en las últimas décadas del siglo xx. Cuando hablamos de "historia oral", nos referimos a la producción y uso de fuentes orales en la reconstrucción histórica. Esta "nueva" historia acerca perspectivas de sectores mucho más diversificados que la historia tradicional, actores que no son tenidos en cuenta, grupos marginales, opositores a los sectores que tradicionalmente detentan el poder. La historia oral empieza por cuestionar la objetividad defendida por los historiadores profesionales científicos o positivistas del siglo xix que defendían la supremacía total del documento escrito sobre la narración oral. El afán por hacer de la

124

Historia una disciplina científica convenció a los profesionales del campo de que el mejor camino para ello consistía en tomar su materia prima —o sea, los hechos históricos— de los documentos escritos. En ese siglo y principios del xx, el buen investigador debía imitar el método de las ciencias naturales para conocer la verdad objetiva; es decir, observar y verificar directamente los hechos y, si esto era imposible, procurar indagarlos en las fuentes más confiables, que para ellos fueron las escritas por parecerles más objetivas y por permanecer inmutables con el transcurrir de los años. Mientras que las fuentes orales eran consideradas subjetivas, variables e inexactas. Así se descalificó la validez de los relatos contados por la gente común y los clasificaron como literatura o folclore nacional.

El desarrollo de las ciencias sociales, por un lado, como la sociología, la antropología, la lingüística, la psicología ha aportado a la historia métodos, conceptos y marcos teóricos, que permiten una comprensión más profunda de la vida social y sus actores. Y, por otro lado, el desarrollo tecnológico de fácil acceso para cualquiera que permite una reproducción exacta de la palabra del actor. Tampoco son ajenas al crecimiento y afianzamiento las técnicas periodísticas de las entrevistas, de los reportajes y de las crónicas. Todo ello, en diferente medida, ha hecho asentarse la historia oral como forma de explicación de la realidad entendida como conocimiento de la realidad elaborado por los sujetos, actores y objetos de la historia, a la vez que cuestiona y pone en tela de juicio la tradicional y positivista manera de explicarla a partir de leyes pretendidamente objetivas.

La ciencia de la Historia supone la búsqueda de sentido, no es suficiente con la narración de hechos. Como muy bien apunta Ortega y Gasset: *La ciencia es el descubrimiento de conexiones entre los hechos. En la conexión el hecho desaparece como puro hecho y se transforma en miembro de un "sentido". Entonces se le entiende. El "sentido" es la materia inteligible^{b)}*. El hombre no tiene naturaleza, lo que tiene es historia; e historia es constitutivamente, radicalmente, movilidad y cambio. Los pueblos no tienen identidad permanente, sino cambiante y evolutiva. Desconocer la historia, apunta el historiador inglés Raphael Samuel, es carecer de derechos civiles. Citando a Voltaire, añade que la finalidad de la historia debe ser la de constatar la diversidad y multiplicidad de culturas, pueblos y costumbres. La tolerancia como valor supremo. Pero también es, por definición, memoria de la sociedad. Sigue añadiendo, la historia es fundamentalmente revisionismo crítico, sustitución de los mitos, leyendas y falsedades por un conocimiento verdadero. Como afirmaba Tucídides, debe corregir *las narraciones de los cronistas atractivas a costa de la verdad*. Un antídoto, pues, contra las distorsiones de la ideología y la propaganda. Desde esa perspectiva, la historia debe servir como antídoto contra la demagogia, la manipulación, la incredulidad y la ignorancia^{c)}. Como descubría el citado Voltaire, los hechos y las fechas son el esqueleto de la historia; las costumbres, *las ideas y los intereses son su carne y su vida*. Y por este camino es por donde la historia oral tiene un interés destacado y significativo.

La utilización de las fuentes orales como complementarias, en aquellas investigaciones en las que la evidencia oral sirve para confirmar, contrastar o bien refutar las hipótesis enunciadas a partir de las fuentes escritas, permiten avanzar en el conocimiento de la realidad histórica desde diversos enfoques, tarea que se ve enriquecida por el carácter interdisciplinario de la historia oral. En el proceso de escribirla y rescatarla a través de la acción del investigador (individual, universidad, biblioteca, museo...), puede colocar a aquella "gente corriente", que hizo historia y que muchas veces por pertenecer a grupos sociales alejados de las esferas del poder no ha dejado testimonio escrito de su experiencia y participación, en un lugar central. La historia oral no solo permite dar respuesta a los problemas que derivan de la ausencia de fuentes escritas referidas a un determinado período o a una determinada temática, sino iniciar nuevas tareas de investigación a partir de una nueva visión de los acontecimientos.

Por otra parte, es evidente que el siglo xx resultará ininteligible para los historiadores del futuro si no se tienen en cuenta los medios de comunicación de masas como una fuente más, junto a las fuentes de archivo tradicionales en soporte escrito. Constituyen parte esencial para la inteligibilidad, por una parte como fuente histórica en sí mismos, que guardan como documentos los fenómenos de todo tipo (político, social, cultural...) que están configurando la historia desde el citado siglo. Por otra parte, como actores protagonistas de dichos fenómenos políticos, sociales, culturales...; pensemos, por ejemplo, en la influencia del uso que de ellos hacen los políticos, las campañas electorales, seguimientos de campañas bélicas o de la oposición a ellas, creación de nuevos enemigos (terrorismo internacional), conformación de nuevos órdenes nacionales o internacionales políticos, ideológicos, económicos, sociales, morales, presentación de problemas (emigración, marginalidad en las grandes ciudades, globalización...), interculturalidad... Y aun, por último, como agentes que

modifican y condicionan los comportamientos sobre los que emiten sus mensajes; recuérdese que la pedagogía moderna habla de ellos como “aulas sin muros”. También, probablemente, tenga algo que ver la televisión en el auge de la historia oral. El hecho de que haya dedicado algunos programas contando con los testimonios directos, quizá eso haya animado a unos a contar y a otros a investigar. En este caso, el documento tiene la cualidad añadida de estar creado por el testigo y por el historiador. En cambio, como parecen algunos insinuar, no parece defendible y menos demostrable que el hecho de la baja calidad, que incluso se puede calificar con adjetivos más peyorativos, tenga una relación ni directa ni indirecta con el auge de la historia oral. Más bien, creo que el público televisivo está en otra onda, salvo que el cansancio de la basura haya hecho desertar a algunos espectadores hacia la lectura.

Resumiendo y sacando conclusiones de lo hasta aquí expuesto, creo que debemos aterrizar en la división de historia que formula Jacques Le Goff⁽⁴⁾. Él señala que hay por lo menos dos tipos de historia: la de los historiadores y la de la memoria colectiva. A la de los historiadores interesa lo dicho anteriormente de la evolución de la sociedad como un conjunto. La materia de nuestro estudio entra de lleno en la segunda. La memoria colectiva construye su sistema de representación en función de acontecimientos que marcan la conciencia individual de los miembros de un grupo social, acontecimientos insertos en un espacio concreto dentro del cual el grupo social va definiendo su identidad. La historia oral es la forma de

126

hacer historia que recurre a la memoria y a la experiencia para acercarse a la vida cotidiana y a las formas de vida no registradas por las fuentes tradicionales. Los recuerdos nos enseñan cómo diversas gentes pensaron, vieron y construyeron su mundo y cómo expresaron su entendimiento de la realidad. Los relatos orales nos introducen en el conocimiento de la experiencia individual y colectiva. Un testimonio oral da cuenta de las expectativas de las personas, sus emociones, sentimientos, deseos, etcétera. La historia oral se interesa precisamente por la vida en donde se manifiesta la experiencia propiamente humana dentro de su comunidad o la de su expulsión de la misma.

La impresión que da, de momento, esa doble forma de entrar en el estudio histórico, el tradicional y el oral, es todavía de una cierta confrontación que está empezando a convertirse en complementariedad y lleva camino de integración (recuérdese lo dicho sobre los medios de comunicación de masas), pero todavía queda un trecho para esto último. De momento, esa complementariedad con la historia basada en fuentes escritas, a la que llamamos tradicional, es que la posibilidad de entrevistar a protagonistas de una época determinada nos permite analizar los aspectos más intangibles, como son las pautas de comportamiento imperantes en tal período histórico, la interacción entre el poder político y el poder civil, las redes informales del poder o la historia de los grupos marginales. Aunque, hoy por hoy, y todavía en gran medida, los objetos de conocimiento de las fuentes orales son: las mayorías marginadas del poder tradicionalmente, sectores populares, las mujeres, el mundo del trabajo, los movimientos migratorios. Aspectos de la historia reciente, que en algunos casos “la historia oficial” trata de suprimir y olvidar, encuentran su luz a través de la entrevista oral. En los últimos años, la historia oral emergió como un poderoso medio

para registrar y preservar la memoria y las experiencias de vida vivida de personas que, de otro modo, se hubieran perdido¹. Pero también la fuente oral puede ser utilizada para el estudio de las elites y sectores vinculados al poder en tanto renuevan enfoques y amplían la documentación existente².

El uso en España

Además de la accesibilidad a medios técnicos, ya comentada, si rememoramos un poco, observaremos que las fuentes orales se empiezan a utilizar desde no hace demasiado tiempo en España² y se han usado para intentar rescatar la memoria de periodos conflictivos. Creo que son tres, por lo menos, las causas de su auge concretamente en España: el fenómeno, a mi modo de ver, está relacionado con el franquismo y con la visión que se ha dado desde la República hasta la democracia incluyendo el exilio, la marginación de la mujer, la emigración...; la pérdida del miedo y la elevación del nivel cultural de los españoles.

Ejemplificaremos lo dicho con un somero repaso de la historiografía escrita sobre el franquismo. La desilusión de los vencidos y de sus hijos, nietos u otros ciudadanos al comprobar que en la transición se ha hecho muy poco por recuperar desde instancias oficiales la memoria del olvido impuesto por el franquismo, creo que ha sido un detonante importante de esta práctica. Es el recurso de guardar la palabra de los actores directos del drama como denuncia de la impostura. La otra causa, de la que hablaremos más adelante, tiene que ver con el nivel cultural. A ello deben añadirse otro tipo de biografías, autobiografías, memorias de personajes considerados por la familia o por el entorno de interés: financieros, empresarios, toreros, gente del espectáculo..., hasta esa epidemia, que amenaza con convertirse en pandemia, de biografías de personajillos de la farándula y de estrellitas mediáticas

Entrando en el franquismo y en algunos problemas que plantea historiarlo, intercalaremos algunos excursos que, aunque puedan parecer largos y sin hilazón con el tema del título, creo que pueden ser pertinentes para entender la complejidad del asunto. La historia oral tiene como función servir de panorama histórico para las nuevas generaciones que no vivieron el franquismo. Así lo será ya, afortunadamente para muchos; a otros les resonará en las galerías

127

1. La entrevista con un superviviente es una de las más difíciles de realizar. Pedir que narre su historia, que describa la visión de la destrucción humana de la que fue testigo, volver a vivir la muerte de su familia y amigos; describir la historia de su propia supervivencia es una de las peticiones más difíciles que una persona puede hacer a otra. Plantea, también, problemas éticos particulares y generales. Pero, como el caso que he contado de Carmen López Landa y de otras memorias que me han llegado solicitándome ayuda para su publicación, es curioso comprobar el efecto catártico que han supuesto para ellos.

2. No creo que merezca la pena entrar aquí a valorar como sinónimo de lo que pretendemos estudiar cierta literatura de transmisión oral, que, incluso, pudo tener en su época un fuerte contenido político, como por ejemplo el Poema de Mío Cid. Claro es que en ese asunto de la "narración oral", si que tiene mucho que ver la aparición de los medios de comunicación de masas. Casi podríamos decir que fue quien pareció darles el certificado de defunción. En cambio, parece que no habían muerto, sino que habían quedado malheridas y...

del alma, en las tensas puntas de los dedos de la mano derecha, en el vacío del estómago o entre las telarañas de la memoria... A no pocos les sucederá como anunciaba Pere Gimferrer: *Se trabaja con material doloroso, que aún hiere con esquilas a no pocos supervivientes físicos o morales*³. En ella se trata de presentar hechos históricos y personajes que los vivieron para preservarlos en la memoria de las generaciones siguientes.

La historia oral por una parte nos da la visión de los actores anónimos de la historia, y por otra parte se propone trabajar desde lo que, parafraseando a lo que en literatura se denomina como “estética de la recepción”, que podríamos llamar la historia de la recepción, es decir, cómo reciben, padecen y perciben los hechos históricos y cotidianos que no tienen acceso a expresarse en las páginas de los libros de Historia, y también aquellos que, aun habiéndolo tenido, desean explicar hechos, anécdotas o situaciones que pueden ser interesantes humana, cultural o históricamente, con la libertad que quizá en su momento no pudieron hacer³.

En los años finales del pasado siglo xx, comentaba José María Jover que a veces parece que es el presente quien nos incita a cambiar la visión del pasado, más que sea el pasado quien nos ayude a comprender y situarnos en el presente. Se habla mucho del poder y de la función educadora de la Historia. Personalmente soy muy escéptico. La historia empieza siendo hagiografía y, en mayor o menor medida, sigue siéndolo hasta el Romanticismo. A partir de él, se convierte en instrumento de creación y enraizamiento de los nacientes nacionalismos: dotar de señas de identidad a una comunidad. La mera cronología de los hechos se transforma en evolución y acumulación de esfuerzos en pos de la idea de progreso indefinido. El paso del tiempo no es una mecánica ciega, sino la afirmación de una meta, de un sentido, que solamente la visión histórica puede describir. Ahí hemos llegado a lo que se puede llamar sin problemas *cultura nacional* como fruto de un progreso acumulado⁴. Pasará lo mismo con las lenguas. Si antes habían sido instrumento de dominio, recuérdense las palabras del prólogo de Antonio de Nebrija cuando le presenta su nueva gramática a la reina Isabel: “una cosa hallo y saco por conclusión, muy cierta: que siempre la lengua fue compañera del Imperio”; el Romanticismo las convertirá en raíz, piedra angular, carácter y fuente de identidad (la filología alemana de K. W. Humboldt, la escuela idealista de Karl Vossler, la tesis Sapir-Le Worlf).

128

A través de las Historias: la político-militar a la que más adelante se añadirá la visión económica por presión del marxismo, la literaria, la artística. Cada país hace estudiar a sus jóvenes todas esas historias con el fin de adquirir una identidad que alimenta el sentido de pertenencia a esa comunidad. El reciente debate, a caballo de los siglos xx y xxi, habido sobre qué Historia deberían estudiar en las escuelas dejaba clara esta voluntad que comentamos. Frente al estudio de la Historia de España que quería imponer el Partido Popular (nacionalismo español), algunas Comunidades Autónomas (Cataluña y País Vasco, principalmente) pretendían

3. Cuando en este artículo se habla de “cultura” nos referimos generalmente a la acepción más amplia del término.

4. MAINER, J. C., *Historia, Literatura y Sociedad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, pp. 74 y ss. El citado crítico pone como modelo de esta nueva visión El siglo de Luis XIV, de Voltaire.

una revisión de dicha Historia desde la óptica de sus nacionalismos. Como apuntaba anteriormente mi escepticismo proviene justamente de que, además de lo comentado, la Historia se parece a la Economía en que son profetas del pasado, es decir, explican cómo, cuándo, por qué (a veces, y según y cómo), pero no sirven para el futuro. Las estupideces y las tragedias se vuelven a cometer, y a veces con una inquietante semejanza. Pero no por eso deja de cumplir su función social a pesar de que todo esto a unos los vuelva escépticos, a otros los impulse a hablar, otros más creen que todo ello no pasa de ser juegos florales para uso y consumo.

Retomando la idea de José María Jover de que a veces parece que es el presente quien nos incita a cambiar la visión del pasado, más que sea el pasado quien nos ayude a comprender y situarnos en el presente. Eso es lo que nos pasa cuando miramos la historia con mirada de historiador, como sinónimo de ingenuidad y generosidad, como propone la historiografía liberal sobre el franquismo, por ejemplo. Pero eso es una manera sibilina de convertirse en juez, negándolo expresamente pero realizándose en la práctica, y de falsear la historia. Es verdad que debe evitarse la confrontación estéril, pero también la imparcialidad mendaz e injusta, para dirigirse de una vez por todas al ejercicio moral positivo. Entre la comprensión y el ajuste de cuentas hay algunos territorios más propios del historiador, como son el estudio y el análisis. Hannah Arendt concluye el primer artículo citado con la sentencia de que Sólo la verdad nos hará libres... *Toda la verdad que siempre es terrible*⁸.

No se trata de escribir una historia de quejas y desagrazos, como parece que apunta algún historiador neoliberal de los que no están en su línea ideológica. Se trata, como afirman Sartorius y Alfaya, de no confundir la amnistía con la amnesia. Parece que a los historiadores hay que dividirlos en quejicas, que sólo hablan de represión, y ecuanimes, los que sólo estudian los datos. Al olvido y al maquillaje de la historia, algunos llaman espíritu de concordia. De ahí que tantos personajes se presenten como víctimas inocentes de la perversidad de la memoria, a la que se ha dado en redefinir como revanchismo, maledicencia, pseudointelectuales, sensacionalismo, insulto, libelista, vocación maledicente, propensión a la ira... El poder académico se defiende, como el de los medios de comunicación o el económico, con la capacidad de no modificar las opiniones para lo que se presentan como defensores de la objetividad y de los intereses generales, defensores de un consenso por ellos impuesto frente a los traidores que lo rompen sin haber podido ni siquiera firmarlo. Niklas Luhmann define "el poder" como la capacidad de limitar la gama de alternativas del otro; muchas veces consiste en neutralizar la voluntad, no necesariamente en doblegarla. El simple hecho de seleccionar la información permite tergiversar la verdad sin decir ninguna mentira. La desaparición del poder autoritario ha permitido abrir esa vía de la "historia oral" como necesidad de contar su visión de la realidad a aquellos a los que estaba vedada la palabra.

Cabe resaltar que entre las cualidades que se le exigen al nuevo historiador para no expulsarlo a la intemperie de la radicalidad, la más repetida es la de la serenidad, amén de otras como limpieza y asepsia, incluso ingenuidad⁵. Serenidad que viene a ser sinónimo de velar, de

5. "Cuando uno mira el pasado como historiador, ha de hacerlo con generosidad e ingenuidad", señala Javier TUSELL en *La Vanguardia*, 22-V-1998, p. 8 del suplemento de libros.

embellecer, de lanzar una sutil neblina sobre la historia que difumine sus contornos más duros. No defiendo, por contra, hurgar en la herida para producir sádicamente dolor, sino abrir la historia para exponerla y explicarla a pesar del dolor que pueda producir. Se ha llegado al caso de que la presentación de la historia de las épocas fascistas o totalitarias en toda su real crudeza se desestima como actitud radical del historiador, mientras que el modalizado conservadurismo (tanto liberal como conservador) de algunos historiadores del franquismo se ensalza como colmo del equilibrio, ponderación y ecuanimidad. Estamos una vez más matando al mensajero y volviendo la cabeza para no ver. El estudio de la historia es un espacio moral, o no es otra cosa que juegos florales del academicismo con clara, o no clara, intencionalidad ideológica de ocultación del pasado.

No queremos escribir ni adscribirnos a esta corriente sónica (cínica y predestinada [sino]) de estudio de la gran Historia: aquella que declara que lo que importa es contar objetivamente los hechos. Nos adscribimos a lo que José Carlos Mainer ha definido con la agudeza y maestría que le caracterizan: *entiendo postguerra como un ámbito moral, lo que es más y es menos que simplemente histórico*^{h)}. La insistencia y reiteración de algunos historiadores actuales en descalificar a los no objetivos, es cuando menos altamente sospechosa. Los hechos no son ni objetivos ni subjetivos, simplemente son; pero son largos, estrechos, anchos, planos, redondos, cuadrados, verticales, horizontales, trágicos, cómicos, visibles, intuibles, reales, imaginarios, directos, indirectos... ¿Desde qué perspectiva? La objetividad o subjetividad está en el que los selecciona, cuenta y en el cómo los explica. Por lo tanto, derivar la objetividad a los hechos es intentar ocultar la subjetividad del que los selecciona y describe, además de enmascarar una imposibilidad o ánimo de no analizarlos (sólo describir) y, por supuesto, de no valorarlos. Este tipo de estudio presuntamente objetivista de la historia se basa en tres pilares ocultos pero importantes:

130

- 1.- La tozudez de los hechos que se imponen
- 2.- La impersonalidad de los mismos (no son sujetos)
- 3.- (Si no hay sujetos) la ausencia de responsabilidad.

A poco que se analicen esos tres postulados se verá su encadenamiento inexorable. Si lo que se imponen son los hechos, estos son impersonales porque son objetos, y al no ser sujetos no tienen responsabilidad; de donde se deduce el corolario que los culpables son los hechos, lo que no tiene ningún sentido y justifica la negativa a valorar y juzgar a los sujetos de la Historia. Por otra parte, aplicando sistemáticamente a la Historia los anteriores postulados hacemos que ésta sea algo que se nos escapa y se nos impone sin que nada, que no sea la comprobación, podamos hacer por remediarlo. De ahí se deduce la idea de Historia como determinismo, como destino, como inexorable fatalidad. Esta es la visión conservadora y neoliberal. Curiosamente, y sin ningún tipo de premeditación, en mi estudio del uso del concepto generación en la historia de la literatura, he encontrado los mismos ingredientes de conservadurismo: ausencia de sujetos responsables de la historia y encadenamiento al destinoⁱ⁾. Eso sí,

ingredientes sistemáticamente velados al exterior, nunca explícitos⁶ⁱ). Curiosamente, no sorprenderá encontrar una y otra vez referencias al destino en el lenguaje político de la época, tanto al de la nación como al de sus gobernantes, seres predestinados por la Providencia⁷. Por otra parte, el restar responsabilidad histórica al franquismo, con buena intención o no, es desvalorizar el trabajo de quienes lo sufrieron, es devaluar la labor de los que se le opusieron... Las responsabilidades de los individuos y de las élites que con sus palabras, consignas, órdenes, actitudes, también con sus silencios en otros casos, no pueden ni deben diluirse en las culpas colectivas, tan de todos como de nadie.

La historia fue una para todos los españoles, los datos también, pero eso no obsta para que, al margen de en el lado del "festín" que estuviera cada cual (vencedor-vencido, élite-masa, capital-burguesía-pueblo...), la actuación de aquellos años se llame fundamentalmente represión o control puro y duro: imposición. Si se hurtó durante muchos años la libertad, no es sensato que ahora se quiera hurtar también la memoria. La democracia española actual sólo se fortalecerá ganando la batalla de la memoria histórica. Imponer la memoria de una historia sin culpables es una impostura de gran parte de la historiografía escrita al calor del régimen, es la operación de la desmemoria, la imposición del olvido que no beneficia a los que sufrieron las atrocidades, sino a los que las cometieron. Es entrar en la esclavitud de que el presente es lo único importante. Ideología que no es otra cosa que un neopositivismo que nos obliga a pensar la historia como algo inevitable, sin proyecto ni memoria. Por otra parte, es negarse a realizar una catarsis colectiva, lo que hace pervivir la herida o cerrarla en falso. Catarsis que hemos visto hacer a los alemanes en su propia historiografía y este mes de agosto de 2004 a su canciller yendo a Polonia a pedir perdón y rendir homenaje a las víctimas.

131

En los últimos tiempos estamos asistiendo a los revisionismo liberales y conservadores tanto de la historia de la dictadura española como de la de otros totalitarismos. No me refiero tanto a las revisiones falsificadoras e impostoras, refiérome a esas otras muchas tan amables y tan evocadoras de cualquier tiempo pasado. Centrándonos en el revisionismo de la historia espa-

6. Parafraseando a Rafael Sánchez Ferlosio podríamos decir que *los hechos que no tienen remedio no tienen responsable*, para seguir argumentando al hilo de su leal recomendación: "Ajústate a los hechos", a poco que se recalque, amaga siempre teñirse y aun virarse en el desleal y tácito mensaje: "Doblégate a lo más fuerte".

La siguiente meditación viene perfectamente a explicar lo que estamos diciendo: "La forma en que nos dicen: "Los hechos son tozudos", moviendo el dedo índice en el aire, como a modo de admonición o hasta amonestación moral, no nos hace pensar sino que de un momento a otro van a presentarnos sus credenciales de ministros plenipotenciarios de la Facticidad".

Tampoco está tan lejos de lo que afirmamos el siguiente pensamiento: "(Imble, 2.) Ante esa forma tan especial de detenerse a espaciar silabeando la palabra i-rre-ver-si-ble tal vez lo que sospechamos en su boca no sea sino el sabor de la íntima y tenebrosa complacencia con lo fatal, en la medida en que ésta les permite sentirse relevados del valor de plantar cara a la imponente hueste del destino y exonerados de empuñar la espada de la responsabilidad de lo posible", *Vendrán más años malos...*, op. cit., p. 22.

7. Idea herética, por cierto, por atentar contra el dogma del libre albedrío, mantenida por un régimen confesional católico y siendo éste uno de sus pilares fundamentales.

ñola nos encontramos en diversos frentes, desde parte del hispanismo norteamericano (liderado por Charles T. Powell), pasando por un frente italiano autojustificador de su propio próximo pasado^{k)}, hasta la de los neoliberales españoles. Nos olvidaremos definitivamente de las historias de adhesión de la ultraderecha española. En los revisionismos más antiguos se va preparando el camino para algo tan burdo como acabar justificando la bondad del franquismo por el fin, o al menos tenerlo como mal menor. El fin justifica los medios. Incluso hay quien ha llegado a justificar el pasado a través de una historia ficción, o virtual, de lo que hubiese pasado si la historia hubiese sido de otra manera. De tal falacia se pasa a justificar cualquier barbaridad aduciendo que Franco acabó con los comunistas en España. Historiográficamente detrás de todos esos revisionismos se esconde y late la tesis de Nolte sobre el nazismo como reacción exagerada frente al bolcheviquismo trasladada al caso español. Este revisionismo que intenta ocultar lo que se ha ido pudiendo sacar a la luz de la actuación de la dictadura también impele a muchos ciudadanos a aportar su memoria cuando la situación democrática parece permitirlo y el miedo ha aflojado sus ataduras. La cita del comienzo de este artículo de Antonio Rabinad tiene mucho que ver con esto. A muchos les ha costado tanto superarlo que hasta pasados muchos años no han empezado a hablar. Para otros, sigue siendo tema tabú.

132

En otros casos se hace el trabajo de base a tal revisionismo, como en el título de Fernando Díaz-Plaja, *Todos perdimos la guerra*^{l)}. Acogiéndose a la expresión “guerra incivil”, se reafirma la aberrante idea de que los dos bandos fueron iguales, que en ambos pasaron cosas similares. Esa mentira es parte de lo que aquí se pretende desentrañar. El spot publicitario demoledor de “todos hicieron lo mismo” es una injusticia que equipara a los dos bandos, anula el derecho de defensa de la legalidad, el de resistencia ante el golpe militar contra el Estado. Incluso desde la bienintencionada óptica del todos somos culpables se desenfoca la historia y se absuelve a los responsables y a los culpables. Señala Hannah Arendt en el artículo citado que la culpabilidad es siempre individual; donde todos son culpables, nadie lo es; no existe la culpabilidad colectiva. Las razones de la lucha fueron muy diferentes, así como las motivaciones y los métodos. El ejercicio de la represión también lo fue cualitativamente y cuantitativamente diferente, como se puede ver en el libro *Víctimas de la guerra*^{m)}. Hay engaño con deliberada función de ocultación en equiparar el mensaje: *Todos perdieron la guerra*, con el de: *Todos perdieron en la guerra*. Ninguna de las dos frases son ciertas, y, menos, la primera. Por supuesto, hubo quien ganó, y mucho, en la guerra y en su consecuencia: la posguerra. La lectura de libro coordinado por Santos Juliá nos aclara que hasta en los que perdieron hubo diferencias. Si de lo que se trata es de afirmar las pérdidas que para España supuso la Guerra Civil, ese es otro cantar y se debe guarecer en otro título y, sobre todo, en otro discurso. Es verdad que España perdió el progreso, a sus mejores talentos, la integración en Europa, la posibilidad de manifestarse, de muchas exploraciones, de muchas investigaciones, se perdió la libertad y muchos y muchas tuvieron que perder hasta la dignidad para sobrevivir..., descontados obviamente los que perdieron la vida.

Uno de los males que sufre la historiografía española actual sobre la República y el franquismo es el desenfoco voluntario de la visión retrospectiva. Ese desenfoco viene dado, no por la ausencia de datos ni por interpretación ideologizada, que también se dan, sino de la inter-

pretación sesgada de los mismos por culpa del futuro. El mito de la reconciliación visto como relato que daba sentido al futuro fue levantado por las élites como parte de una política de transacción levantado sobre la liquidación de la conciencia colectiva y por la imposición del olvido. El futuro impone unas condiciones de olvido y reconversión en pos de una pacífica convivencia^{8,m)}. Y muchas veces el futuro impone una retórica de la impostura sobre el pasado. Empiezan a levantarse voces que denuncian esta impostura, esta operación de enmascaramiento que ha durado muchos años y que la peculiar transición democrática ha prolongado mucho más. La desmemoria colectiva favorece la escritura manipulada de la Historia. De hecho el fenómeno de recuperación de la memoria desde instancias oficiales, con fuerte oposición del Partido Popular, no se ha iniciado hasta el cambio de siglo, cuando ya la mayor parte de los que vivieron las épocas descritas han desaparecido. A estas alturas de la misma, la transición también está dejando un reguero de libros de entrevistas. No deja de ser también, como enunciábamos, un momento especial en la historia reciente de este país.

Hay otro problema de mayor calado y previo al anterior: la imposición de la historia por parte de los vencedores. No sólo ganaron la guerra, impusieron la paz, sino que también han impuesto la visión de la historia. Conviene recordar la tesis del libro de Sartorius y Alfayaⁿ⁾: hay que recuperar la memoria, no sea que después de quedarse con el país lo quieran hacer también con la verdad, con la historia. Como nos recuerda en una gacetilla Luis Antonio de Villena: El Papa de Roma lleva beatificados a más de un millar de españoles asesinados por el terror rojo en lo que ellos llamaron Santa Cruzada. A dichos actos van representantes del Estado español. ¡Quién recordará a los otros miles de asesinados por el terror

133

8. Un interesante estudio de cómo se ha ido forjando la memoria de la Guerra Civil y sus implicaciones puede verse en Paloma Aguilar Fernández, primero como justificadora de la dictadura, después como condición de la paz, más adelante como posibilitadora del consenso por la vía del *nunca jamás* en la transición, memoria que bastante tiene de análisis político de los errores de la República.

A este respecto son muy importantes las siguientes precisiones: “La respuesta a estos interrogantes [¿fascismo o dictadura militar?, ¿totalitarismo tipo años 30 o dictadura tipo Primo de Rivera?, ¿evolucionó el régimen o no?] es todo menos académica o puramente historicista. Porque a lo largo de los veintidós últimos años de democracia se ha producido un doble proceso con un doble objetivo: por un lado, olvidar la dictadura, como si el conjunto de la sociedad española hubiese padecido un fenómeno de amnesia colectiva sobre su más reciente pasado; por otro, rebajar todo lo posible el nivel de tiranía de aquel régimen y relativizar al máximo los efectos devastadores que tuvo para la sociedad española. Porque se ha confundido amnistía política con amnesia histórica, reconciliación con olvido”... “Las expresiones de lo que decimos son muy claras. En primer lugar en el lenguaje, que es por donde se empiezan a perder las batallas de las ideas, cuando se habla del ‘régimen anterior’, del ‘periodo preconstitucional’, o cuando se califica la dictadura de ‘gobierno autoritario’; en la enseñanza, cuando en los libros de texto se explica a las nuevas generaciones que ‘el régimen anterior’ tuvo sus cosas buenas y sus cosas malas, como ocurre en todas partes, se está diciendo que fue un sistema como los demás, perfectamente homologable. El franquismo se transformará así en un periodo normalizado de nuestra historia. O cuando se mantienen sus símbolos, monumentos, nombres de plazas y calles porque ‘el régimen anterior ya es historia’”. Y continúan preguntándose los autores: ¿qué pensaríamos en Alemania o en Italia con calles o plazas dedicadas a Hitler o a Mussolini? Nicolás Sartorius y Javier Alfaya, *La memoria insumisa*, Madrid, Temas de Hoy, 1999, pp. 13-4.

Quizás desde la perspectiva de fin de siglo habría que hablar de la agraciada o desgraciada ausencia de un juez, Garzón u otro cualquiera, que hubiese juzgado las culpabilidades de estas épocas.

nacional con la bendición y el aplauso de los cruzados católicos, piadosos y de misa diaria, por defender la legalidad republicana, el derecho, la libertad..., durante la guerra y la catolicísima postguerra! ¡Pobres muertos republicanos!, exclama Luis Antonio Villena, a los que hay que añadir a los represaliados en la postguerra, *inexistentes para el espantoso catolicismo oficial!*^{9(a)}. En mayo de 2000 se reunían en Madrid, medio centenar de los más de 8.000 guerrilleros, combatientes republicanos, que lucharon contra la dictadura y por la recuperación de la libertad entre 1939 y 1963. Hoy siguen pugnando por conseguir la acreditación de su memoria por parte del Estado democrático español. Hay todavía documentos oficiales en los cuales en la casilla de nuestro profesión u oficio hay escrito un apelativo: bandoleros, comentaba Francisco Quico Martínez de 74 años. Todos los allí presentes formulaban un ruego insistente: Por favor, la historia personal de 300.000 personas, corre el riesgo de perderse en los archivos abandonados de las Capitanías generales. *Salvemos el patrimonio*^(b).

Sigamos añadiendo algún dato más para la meditación. ¿Quiénes pasan a la historia? Si nos centramos en la historia del pensamiento, o en la literaria, por ejemplo, la mayor parte de los que estaban tirando del carro del poder, convenientemente reciclados, vertida alguna gruesa lágrima de mea culpa, son los que pasan a la historia y son hoy en día multihomenajeados y

134

9. Cabe recordar aquí la reciente polémica suscitada por las declaraciones del obispo auxiliar de Barcelona, Mons. Carrera, pidiendo a la Iglesia el reconocimiento de sus errores y solicitando a la jerarquía la petición de perdón (*La Vanguardia*, 13-II-1998) y las respuestas de todo tipo habidas al día siguiente, abundando las elusivas y condenatorias (*El Mundo* y *El País*, 14-II-1998). Ver el artículo del historiador Julián CASANOVA, "Mártires de la Cruzada", *El País*, 11 de septiembre, 1999, p. 13:

"La mayoría del clero no sólo silenció esa ola de terror contra los "rojos", sino que aprobó e incluso colaboró "en cuerpo y alma" en la represión, como lo demuestran los escasos testimonios de católicos y del propio clero que rompieron esa absoluta complicidad". No obstante los obispos españoles siguen pensando que sólo ellos tienen mártires, que la Iglesia fue una víctima de aquel conflicto y que, si estuvieron en un bando, "fue al que le echaron obligada", como lo demuestran las palabras de varios de ellos y su declaración genérica de perdón. En un documento público (2-XII-99), los obispos españoles excluyeron a la Iglesia española de su genérica petición de perdón por la guerra civil: "No queremos señalar culpas de nadie en esta trágica ruptura de la convivencia entre los españoles. Deseamos más bien pedir el perdón de Dios para todos los que se vieron implicados en acciones que el evangelio reprueba". (*El País*, 13, XII-99, p. 36). Diez teólogos, al margen de la jerarquía eclesiástica, piden perdón para la Iglesia española por su implicación evidente en la guerra civil: "La implicación de la Iglesia católica en la guerra civil fue evidente, debido sobre todo al papel hegemónico de la jerarquía en el sentido de apoyar y legitimar a un bando [...] Sentimos como un bien deplorar la legitimización religiosa de la guerra como cruzada".

Por fin la jerarquía eclesiástica por boca del cardenal Rouco, presidente de la Conferencia Episcopal española, ha hablado para comunicar que no sería *justo ni oportuno* decir que la Iglesia apoyó a Franco (ver prensa del 4 de abril de 2000). Dijo claramente que no habrá petición de perdón por parte de la Iglesia española por su implicación en la guerra civil ni en la posterior dictadura, pero sí, en cambio, anunció que tratará de organizar mejor, "unificándolos y agilizándolos", los procesos de canonización de los mártires de la guerra civil.

El último estudio, y más fiable, de la represión republicana es que no debieron superar los 50.000 según los estudios actuales. Unos 6.800 eran religiosos del clero secular y regular, la mayor parte asesinados en el verano de 1936, remitiendo las matanzas a partir del otoño de ese mismo año. Mientras que los asesinados por la represión franquista son calculados en unos 150.000. SANTOS JULIÁ (coord.), *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999.

publicadas sus obras completas. Los que se opusieron al poder no disfrutaron del banquete en su tiempo ni después, ni tienen obra completa que llevarse a la boca, ni homenaje que les recuerde, ni capilla que les entronice, ni prensa que se conmocione por su muerte¹⁰. Así no extraña escuchar a D. Américo Castro poco antes de su muerte: *Quien pretende pensar por su cuenta, o novelar, o salirse del redil está condenado al mismo destino que antes*. Ese antes no era otro que el silencio o la infamia, como bien se sabe y recuerda la memoria.

Si no realizamos análisis en el estudio de la historia, acabaremos describiendo una historia mítica para consumo ideológico de sedante olvido. El mito narra; el logos, por el contrario, no quiere contar cosas, sino analizar y decidir. El mito es la historia sin logos, o sea, la historia sin verificación posible, colocada apriorísticamente, en el caso español, en el terreno de lo verdadero (aunque sea un contrasentido, ya que si no hay logos no hay dilema verdadero-no verdadero). Para el estudio de la interpretación manipulada de la historia en estos años ver los trabajos, entre otros, de José M^a. Jover Zamora, Manuel Tuñón de Lara, Gonzalo Pasamar Alzuría e Ignacio Peiró^{11,9)}.

Pero quizá no convenga olvidar lo que a propósito de esta época y del Dictador se repite con mucha frecuencia: él decía que cada uno es esclavo de sus palabras y dueño de sus silencios. Esta máxima del discurso conservador es el puenteado de la conciencia y la justificación de la voluntaria ceguera. Si el código civil considera responsabilidad penal la ocultación de pruebas, la no denuncia de hechos delictivos de los que se ha sido testigo. Sobre lo primero ha dicho Laín Entralgo: *¿Cómo se puede hablar de olvido, cuando toda la verdad todavía se desconoce?* A lo que apuntilla Carlos Seco Serrano: *Un piadoso olvido del atroz pasado no puede consistir en un 'olvido parcial', en dejar en pie solamente las razones de una de las partes ..., mientras se impone silencio ... a los que nunca pudieron exponer las suyas dentro de nuestras fronteras. Ello sería lo mismo que negar tajantemente el verdadero espíritu de reconciliación*⁹⁾. La paz con el pasado sólo será posible cuando se pueda conocer y conozca lo que sucedió en el mismo, sin inflación ni rebajas. De todo este necesario excurso se deduce la necesidad psicológica y sociológica de muchas personas de querer dejar su testimonio; así como de muchos historiadores o no historiadores de querer contar con sus testimonios⁹⁾.

135

10. En el boletín número 2 de AEMIC (1997, p. 5), Alicia Alted denunciaba a propósito de la muerte de Jesús López Pacheco (*Central eléctrica*): "Recientemente falleció Jesús López Pacheco y, como ha ocurrido en estos últimos años con tantos escritores e intelectuales que de una forma u otra manifestaron su oposición al régimen de Franco, su muerte pasó desapercibida en los medios de comunicación".

11. Pedro Ruiz Torres, Catedrático de Historia Contemporánea y Rector de la Universidad de Valencia, señala al respecto: "El triunfo de la dictadura de Franco cortó violentamente el desarrollo iniciado en 1900. Los años cuarenta produjeron una dramática ruptura y un enorme retroceso, en especial si comparamos la vitalidad de la historiografía anterior con la obligada subordinación de los historiadores a la ideología del régimen durante los años de la posguerra. Con honrosas excepciones, hubo también una vuelta al viejo empirismo decimonónico y a una concepción erudita de la historia, ampliamente superada antes de 1939 por la influencia del positivismo y la 'síntesis histórica'". "El siglo de la Historia", P.R.T., *El País*, 5-6-2000, p. 16.

La segunda y tercera causa, a mi parecer importantes del auge de la “Historia oral”, tiene que ver con la llegada de la democracia, aunque, como ya hemos dejado escrito se ha tardado mucho en olvidarse del miedo y en que desde instancias oficiales se haya dado algún paso en este sentido. Con ella el individuo deja de ser súbdito y se convierte en sujeto de la historia (activo y pasivo) la persona actual quiere dejar su versión de los hechos, y, más aún, cuando la versión oficial no corresponde con su percepción o padecimiento de los mismos. La toma de conciencia histórica puede ser otro de los motivos que hayan dado alas a esta modalidad. Y quiero expresar con ello una doble conciencia, tanto activa como pasiva. Es decir, el hombre de hoy se siente sujeto agente y sujeto paciente de la historia, y por ambos motivos quiere dejar su versión de los hechos. Tampoco es de olvidar el desarrollo tecnológico. Cualquiera puede hoy comprar un casete y plantarse frente a alguien que quiera expresar lo vivido, expurgar la memoria. Alguna importancia ha de tener el hecho de vivir en sistemas democráticos con unos márgenes de libertad que no atenazan a los individuos hasta su acallamiento público.

El nivel cultural de la población es mayor; también es mayor el número de los interesados por recuperar los testimonios de los sin voz. En general la Historia la escribe el vencedor. En particular, durante el franquismo sólo hubo una versión de la reciente, y no tan reciente, Historia de España. Los perdedores fueron silenciados con balas, cárceles y censura; los exiliados fueron ninguneados. Muchos son los que se han sentido humillados y estafados con esa idílica paz de los muertos de la dictadura. La historia que transmitió el franquismo en las escuelas estaba amañada, era leyenda ideológica⁹. Frente a esa distorsión de realidad, quienes la han padecido se rebelan contando su verdad; quienes la han hecho padecer edulcoran su responsabilidad, como ha sucedido con muchas de las memorias y autobiografías de los falangistas de la revista *Escorial* y de otros sectores del régimen franquista. Los que han podido, de ambos bandos, han escrito sus memorias o autobiografías. Pero los más no han podido, bien por falta de cultura o bien por ausencia de medios de publicación (a mis manos han llegado manuscritos de exiliados que nunca encontrarán editorial). Y es, en muchos casos, esas voces del pueblo las que se intenta recobrar a través de esas grabaciones que nos muestran la otra cara de esa memoria colectiva. El exilio también ha tenido que recurrir a la memoria oral para poder dejar su verdad dicha.

Quizá lo que el auge de la historia oral esté poniendo de manifiesto un cierto descrédito de las historias oficiales. La abundancia e inmediatez de la comunicación puede que algo tengan que ver con el asunto. Hoy en día es mucho más fácil comprobar la manipulación de la realidad convertida en noticia. De aquel “leer entrelíneas” a la certeza de que lo que te cuentan es falso se ha hecho un largo viaje. La realidad era terca; hoy es virtual. La realidad existente es la que aparece en los medios de comunicación, y estos están poniendo en serios aprietos el principio de veracidad, no hace falta ir muy lejos con temas como el del *Prestige* o el del trágico *11M*.

También es interés de esos relatores preservar en lo posible las palabras originales de la época para que los jóvenes escuchen aquella retórica y sus manipulaciones, mucho más elocuentes que las conceptualizaciones del historiador, de ahí ese empeño en hablar y en guardar su palabra.

Mi experiencia personal

En cuanto a mi personal experiencia de trabajo con fuentes orales es tan ambigua como lo son las memorias escritas. En general, la gente llana implicada en un hecho histórico determinante, tiende a dar las máximas facilidades y abre sus memorias para sacar sus recuerdos, procura recordar con detalle, aporta material fotográfico si lo tiene. Colabora, a veces con esa ingenuidad casi infantil de sentirse un poco importante, un poco héroe de la historia, y que se le reconozca. En el caso de las entrevistas que realicé para una memoria oral del exilio: *Un capítulo de la memoria oral del exilio. Los niños de Morelia*¹², así fue. Cuando se trata de escribir la biografía de algún personaje más importante, la cosa cambia. Por experiencia personal y por los comentarios de otros historiadores, en general la familia tiende a la imposición y al control de lo que se dice. Y hay un tercer caso, que es entrevistar a personas que conocieron o pudieron conocer al personaje o aportar datos indirectos sobre él y su época; si se trata de personajes de la parte perdedora en la Guerra Civil o de su actuación durante la República, el mutismo, el rechazo y la falta de colaboración han sido las actitudes más corrientes, salvo raras excepciones, en Pamplona.

Metodología

Enlazando con la introducción, podríamos decir que las fuentes orales no son competidoras de las fuentes escritas. En general, las escritas proporcionan datos, mientras que el interés de una entrevista de historia oral no es tanto el de obtener datos, sino entender una vivencia que nos ayuda a componer lo que Le Gof llama “memoria colectiva”. Es verdad que una de las especificidades más importantes de la historia oral se refiere a la presencia de la memoria y de la subjetividad en la construcción de la fuente. La fuente oral incluye no una narración literal o fotográfica de los hechos históricos sino memoria, ideas de la persona y deseos inconscientes. Por eso no es tan importante el problema de la subjetividad que algunos historiadores le reprochan al método. En consecuencia los trabajos de historia oral pueden, por un lado, reconstruir e interpretar hechos del pasado a través de la recuperación de distintas perspectivas hasta ese momento desconocidas, y a la vez interpretar cambios en la conciencia y encontrar sentido, no sólo a lo que la gente dice, sino también a lo que no dice. Lo importante del testimonio de los entrevistados es que ellos lo vivieron así, que lo que cuentan, a pesar de los fallos de la memoria incluso de las exageraciones o ficciones en que puedan incurrir involuntariamente, es significativo de su forma de vivir su experiencia individual en la colectividad. En todo caso, lo mismo que con las fuentes escritas, cuanto mayor sea el número de entrevistas mejor conformado quedará el campo de estudio.

137

12. Con Agustín Sánchez Andrés, “Estudio introductorio” (pp. 17-103), y diez entrevistas en Agustín Sánchez Andrés, Silvia Figueroa Zamudio, Eduardo Mateo Gambarte, Beatriz Morán Gortari y Graciela Sánchez Almanza, *Un capítulo de la memoria oral del exilio. Los niños de Morelia*, Morelia (México), Consejería de Artes de la Comunidad de Madrid-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2002, 437 pp.

Otro elemento que es importante tener en cuenta en el trabajo de campo es que una entrevista de historia oral debe alejarse del terreno del interrogatorio y encauzarse por los derroteros de la conversación distendida. En ese punto es importante la habilidad del entrevistador para no cortar, no coartar al entrevistado. Las digresiones también forman parte de las vivencias íntimas de esa persona. Bien es cierto que de vez en cuando se debe reencauzar la conversación, pero con el tacto suficiente para que el entrevistado no se sienta manipulado o exprimido. No se debe olvidar que es el recuerdo del entrevistado el objetivo de la propuesta, pero es la intervención del historiador y lo que éste pone en términos de preguntas (en función de sus propios objetivos y conocimiento del tema sobre el que está indagando) lo que sirve como impulsor para la producción de la información histórica. Sin duda la presencia del historiador impregna la fuente, ya que si bien es cierto que la historia oral cumple con el objetivo de rescatar la voz de los sectores populares, “dar voz a los sin voz”, no es el lugar donde estos hablan por sí mismos porque el control del discurso histórico permanece firme en manos del historiador. Por lo tanto, el entrevistador debe tender a ser mero instrumento de puesta en marcha de la actividad de la memoria del entrevistado.

Aunque, como ya dijimos al principio, la historia oral algo le debe a los géneros periodísticos y, más concretamente a la entrevista periodística, sin embargo, hay diferencias entre los distintos tipos de entrevista. El trabajo del historiador oral es distinto al del periodista. Un buen periodista tiene la habilidad de hacer la pregunta perfecta a la persona correcta en el momento indicado. El periodista piensa en lo que le interesa conocer a la opinión pública acerca del mundo y se interesa por situar a los individuos en eventos coyunturales y no en la larga duración. La historia oral se distingue de otros tipos de entrevista porque la premisa fundamental es que la vida de un individuo, su experiencia personal, es importante y nos ayuda a entender la colectividad en que se ha dado. La manera

138

en que un entrevistado entiende y narra su vida nos proporciona la llave para entender la experiencia. En la historia oral hay dos tipos de entrevista: La entrevista biográfica o historia de vida, que tiene sus antecedentes en las historias de vida realizadas por antropólogos, etnólogos, psicólogos o sociólogos; y la entrevista temática, interesada en examinar la vida o fragmentos de experiencia de un individuo para aclarar aspectos de la sociedad o procesos no registrados por la historia documental. Ambas son igualmente válidas y pueden complementarse dependiendo de la finalidad con que hayan sido realizadas.

En cuanto a problemas metodológicos, no creo vayan más allá del tipo de colaboración de los entrevistados. A veces, el mayor problema es la localización. Salvado ése, se presenta uno en el lugar de reunión con la grabadora y se hace una corta exposición de lo que se pretende. A veces se trabaja sobre un guión establecido; otras se deja discurrir el relato intentando que no se desvíe del hecho de la investigación. Aun con guión, es imposible que el relato no se tuerza y que no se crucen temas o recuerdos que poco o nada tienen que ver con el asunto que se pretende investigar. Personalmente prefiero dejar al entrevistado en sus divagaciones antes de intentar encauzar el tema nuevamente. Lo estimo como un acto de respeto al entrevistado y como un modo de que se sienta cómodo y no presionado. En bastantes casos, las divagaciones sobre una pregunta son complemento de otra posterior o anterior que la confirman, la refuerzan o la ponen en tela de juicio.

Acabada la entrevista y trascrita, uno comprueba que la información sobre el tema está generalmente desordenada, hay reiteraciones, a veces con matices que se deben recoger, y que gran parte de las intervenciones del entrevistador actúan como señuelo que debe ser podado, así como las ya citadas divagaciones, que algunas se dejan por su carácter costumbrista o por cualquier otro motivo que estime oportuno el entrevistador. Es el momento de reelaborar la entrevista, de ordenar la información y de podar lo accesorio. El último paso, en mi caso, es enviarle la entrevista elaborada al entrevistado para que dé su visto bueno definitivo o corrija lo que le parezca. Este último paso creo que es fundamental, pues elimina posibles malinterpretaciones por parte del entrevistador, da la oportunidad al entrevistado de matizar lo dicho, y, en algunos casos, el tiempo transcurrido desde la entrevista hasta su lectura ha hecho meditar al entrevistado de forma que puede aportar o cambiar algunas de sus opiniones o aportar datos más concretos¹³.

En general, cuando el entrevistado es persona de la calle, es decir, no famosa, creo que tiende a ser sincero con su recuerdo. No interpreta, sino que tiende a explicar sus vivencias. Este es el caso de las entrevistas que realicé para el libro sobre los niños de Moreliaⁿ. En este libro se transcriben 25 entrevistas hechas con el mismo guión. Diez fueron realizadas por mí en España y las restantes en México. Es curioso comprobar cómo, a pesar del tiempo transcurrido, de las variantes vitales, de haber vuelto o no a España, de las diferencias de edades, que eran grandes (de 3 a 14 años) si tenemos en cuenta lo que significa cada año en esas edades, de sexo..., el recuerdo general es muy coincidente. Pero también hay un dato que es interesante tener en cuenta: coinciden en valorar negativamente algún hecho que no lo era, por falta de información. Por ejemplo, todos se quejan de que los maestros

139

13. Normalmente, las entrevistas han sido aceptadas con alguna corrección de algún error tipográfico. Hubo, sin embargo un caso curioso. Uno de los entrevistados nos confesó ya acabando la entrevista que él había acudido un poco por hacer, con sus palabras, un poco de “chantaje”, pues le pidió a la persona que me acompañaba, un cargo de la Consejería de Artes de la Comunidad de Madrid, que le ayudase a encontrar acomodo en una residencia para su mujer, ya que disponía de pocos medios y les faltaban algunos puntos en el sistema oficial de valoración. Esta persona, que se mostró amable y dicharachera, cuando recibió la entrevista me llamó alarmada que quería cambiar muchas cosas de las dichas. Según él, la había leído con un amigo, y éste le había dicho que cómo podía decir aquellas cosas y dando nombres. Yo le tranquilicé asegurándole que pasaría por Madrid y que revisaríamos la entrevista y añadiríamos o quitaríamos lo que quisiera. Aun así, volvió a llamarme alguna vez más antes de que yo pudiese verle. Por fin, quedamos en Madrid en una cafetería. Se mostró muy agradecido, y como quien se quita un gran peso de encima. Empezamos a releer despacio la entrevista y los múltiples subrayados que él me había hecho constar que quería cambiar. Acabamos la segunda y quedó tal cual estaba. No hubo cambio alguno.

Los llamados “niños de Morelia” es un grupo de casi 500 niños que en 1937 fueron a México llevados por el gobierno mexicano del presidente General Lázaro Cárdenas.

Las autoridades españolas comenzaron entonces a reunir en diversas ciudades a un numeroso grupo de niños por medio de anuncios en la prensa en los que se invitaba a los padres a poner a sus hijos a salvo de los frecuentes bombardeos franquistas a las principales ciudades republicanas. En 1937 y debido a la lucha fratricida en que se encontraba el país, desde el Consejo Nacional de la Infancia Evacuada y desde sus delegaciones en los diversos centros del país, se organizó la evacuación de algunos miles de niños españoles a Francia (11.000), Inglaterra (3.800), Bélgica (3.000), Dinamarca (100), URRSS (2.895), y a México (476). Puede verse sobre el tema mi trabajo: E. M. G., *Los niños de la guerra. Literatura del exilio español en México*, Lleida, Universitat-Pagés Ed, 1996, pp. 213-214.

que les acompañaron desde España los dejaron “tirados” en México. Recientes investigaciones mías demuestran que no fue culpa de los maestros, sino que fueron apartados por orden del gobierno mexicano que se hizo cargo de los niños y, en cambio, dichos maestros lo pasaron mal para sobrevivir porque quedaron atrapados entre el gobierno mexicano que se desentendió de ellos y la lenta burocracia de la embajada española que tardó dos años en solucionar su problema.

Un caso curioso me sucedió con Carmen López Landa. Esta mujer es hija de la famosa dirigente del PCE Matilde Landa, que murió en la cárcel en septiembre de 1942, nieta de Ganivet, esposa de Ramiro López Pérez (con el alias de Mariano en el PCE y en los maquis), sobrina de D. Rubén Landa. Ella fue a Rusia, como niña de Rusia, con siete años en 1939, y de allí con sus tíos se fue a México. Yo la entrevisté creyendo, información errónea, que había formado parte de los niños de Morelia. Después de hecha la entrevista no pudo ser incluida en el libro. Se lo comenté y le propuse la posibilidad de contar su vida para un proyecto de una doble biografía. Titubeó bastante, pero al cabo de unos meses me telefoneó para decirme que estaba escribiendo sus memorias y que, aunque a veces doloroso, le estaba yendo muy bien como catarsis. El proyecto era de unas setenta hojas y van para las ciento cincuenta.

Otra cosa distinta son las entrevistas con gente famosa o del ámbito cultural. En principio, y así ha sido, no tenían la misión de ser publicadas, sino de acopiar datos para mi tesis o trabajos posteriores. Para la tesis, fueron hechas unas treinta y cinco entrevistas, realizadas a los escritores implicados en el estudio y a gente del entorno para recabar datos biográficos, bibliográficos y del problema que para ellos supuso el exilio. Lo primero que cambia es la situación del entrevistador, no por el hecho de que quie-

140

ran hablar o no, pues en ambos casos estaban deseosos de hacerlo, sino por la situación de inferioridad o de superioridad del entrevistador respecto al entrevistado. Lógicamente, en el segundo caso había que andar con más pies de plomo. Es decir, debes escuchar más que preguntar, incluso debes calibrar mucho más las preguntas pues puede que una pregunta que no guste al entrevistado cierre el grifo de la información. En general, los actores, aquellos sobre los que se iba a hablar en la tesis, literatos en este caso, tienden a interpretar más que explicar el pasado y su obra. Entre los que estaban en los alrededores, a los que se requería su opinión en función de que les unían lazos profesionales, amistosos o el hecho de haber vivido el mismo problema, la tendencia general fue la de buscar un cierto protagonismo al amparo de los que lo tenían por su obra.

En cuanto a cómo y qué material guardar es un problema que debe decidirse en función de múltiples factores: geográficos (local [este debería guardarse en la biblioteca del pueblo incluso aunque trascendiera a otro ámbito mayor, una copia o el original y la copia en el otro ámbito, cuando menos una catalogación de aquellos documentos que tengan que ver con la historia y cultura local], provincial, autonómico, nacional...), temáticos (historia, biografías, literatura, personaje ilustre...), pero que es muy interesante el planteamiento del tema. Primero, muchas veces porque los que elaboramos las entrevistas, una vez sacado el trabajo adelante, lo tiramos o lo guardamos sin más. Segundo, porque no hay un lugar donde enviar ese material y que pueda ser juzgado y analizado, si guardar, cómo, o no. Ciertamente no me parece

un disparate que las bibliotecas sean la sede de un material de fuentes históricas que de otra manera se perdería irremisiblemente. Por ejemplo, en los pueblos. El cómo discernir qué material podría albergarse en las bibliotecas y qué otro en archivos o en cátedras universitarias no es este el lugar de discusión. Pero merece la pena pensar en el asunto. Yo no me siento capaz de apuntar alguna solución por falta de conocimientos de biblioteconomía o de archivística.

En estos momentos son muchos los organismos y asociaciones locales, regionales, nacionales, nacionales e internacionales (universitarios, museísticos, de la UNESCO, bibliotecarios, fundaciones privadas y públicas...) que llevan años trabajando en este tema y que la consideran una herramienta eficaz y particularmente importante para el rescate y la preservación de lo que ha dado en llamar "patrimonio intangible" suplantando al concepto "bienes inmateriales". Cabe recordar también el programa lanzado desde la UNESCO en 1996: "Tesoros Humanos Vivos", que recomienda y promueve la salvaguarda del patrimonio cultural intangible mediante grabaciones, registros y archivos.

Otro asunto, que simplemente dejo anotado por la importancia que está cobrando, es el uso de la historia oral en la enseñanza. El citado libro de Sitton, T., Mehaffy, G., Davis, O., *Historia oral. Una guía para profesores (y otras personas)* es una buena guía para empezar a ver las posibilidades y el camino de llevarlo a cabo, en Internet se pueden encontrar trabajos y guías de institutos que lo llevan a la práctica.

Para acabar, quiero confesar, que como sucede con frecuencia a quien quiere aprender en este mundo, la generalización y el simplismo esterilizan la vista y producen espejismos de claridades: la luz de la ceguera. Después empiezan los contornos, los matices, las diferencias, las salvedades...

Bibliografía

- a) Quien quiera seguir el desarrollo más detenidamente puede acudir a María del Rosario Sanguinetti, Archivo Oral - Un anteproyecto, e-mail: cotyna@hotmail.com, en [www. Geocities.com/emuseoros/Docs/historia_oral.htm](http://www.Geocities.com/emuseoros/Docs/historia_oral.htm)
Algunas de las ideas de esta introducción están entresacadas de diversas páginas de Internet dedicadas a la historia oral.
- b) ORTEGA Y GASSET, José, "Prólogo" a la obra de W. Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu*, Madrid, Revista de Occidente, 1956, p. XIX.
- c) FUSTI, Juan Pablo, "Bajo el signo de la historia", Conferencia pronunciada en Madrid en el ciclo *La educación que queremos*, 10 de noviembre de 1998.
- d) LE GOFF, Jacques, *Histoire et mémoire*, Paris, Gallimard, 1988, pp. 105 y ss.
- e) SITTON, T., MEGAFFY, G., DAVIS, O., *Historia oral. Una guía para profesores (y otras personas)*, México, FCE, p. 29. Puede verse también TOURTIER-BONAZZI, Chantal, *Propuestas metodológicas, Historia y Fuente Oral*, 6, Barcelona, 1991, pp. 181-189

- f) GIMFERRER, Pere, *El País*, 11-XII-1983.
- g) Varios artículos en *El País* durante 1999, el último citado se titula: "La memoria y el encino", 14-9-1999.
- Muy interesante es el tratamiento de la responsabilidad que presenta Manuel CRUZ, *Hacerse cargo. Sobre responsabilidad e identidad personal*, Barcelona, Paidós, 1999. También pueden leerse los artículos de Hannah ARENDT publicados bajo el título común de "Nazismo y responsabilidad colectiva" ["El Vicario ¿culpable de callar?", "Responsabilidad colectiva"], *Claves de Razón Práctica 95*, septiembre 1999, pp. 4-11.
- h) MAINER, José Carlos, *De postguerra (1951-1990)*, Barcelona, Crítica, 1994, p. 9.
- i) MATEO, Eduardo, *El concepto de generación literaria*, Madrid, Síntesis, 1996.
- j) SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael, *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, Barcelona, Destino, 1993, pp. 163-4.
- k) Ver algunas partes de la polémica: Paul PRESTON, Sergio ROMANO, Nino ISAIA y Eduardo SOGNO, en Javier Ruiz Portela (ed.), *La Guerra Civil: ¿Dos o tres Españas?*, Altera, 1999. Ver en *El País* los artículos dedicados al tema por Antonio TABUCCI, María Antonietta MACIOCHI (26-6-98), el exhaustivo de Santos JULIÁ (18-6-98), o el sintetizador de Alfonso BOTTI (10-8-98).
- l) DÍAZ-PLAJA, F., *Todos perdimos la guerra*, Madrid, Maeva, 1999.
- 142 m) JULIÁ, Santos (coord.), *Víctimas de la guerra*, Madrid, Temas de Hoy, 1999. Ver también los artículos de J. J. ALONSO CASTROVIEJO, "Venganza y represión bajo el franquismo", *Cuadernos de Investigación Histórica: Brocar 21*, 1997, pp. 405-426; Félix LUENGO TEIXIDOR, "Algunas características de las violencias durante la guerra civil de 1936", *Vasconia. Cuadernos de Historia-Geografía 26*, 1998, pp. 251-58; Pedro BARRUSO BARES, "1936: Violencia espontánea, revolucionaria y popular", *Vasconia. Cuadernos de Historia-Geografía 26*, 1998, pp. 259-268.
- n) AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma, *Memoria y olvido de la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 1996. Ver también: E. MATEO, "El exilio republicano y el olvido presente", *Cuadernos Republicanos 5*, enero, 1991, pp. 85 y ss; Francisco UMBRAL, *La leyenda del César visionario*, 1991, Gonzalo MORÁN, en Gregorio MORÁN, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona, Tusquets, 1998; Miguel GARCÍA-POSADA, "Del pensamiento único y de la memoria", *El País*, 4-VI-1998, p. 14.
- ñ) SARTORIUS, Nicolás y ALFAYA, Javier, *La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco*, Madrid, Espasa, 1999. Aunque este libro empieza a hablar desde 1956 es muy significativo el hecho de que muchas cosas de las que se cuentan en él valdrían para esta década que estamos analizando. Como dice el refrán "de aquellos polvos, estos lodos" siguen ensuciando la convivencia nacional.
- o) VILLENA, Luis Antonio de, "¡Pobres republicanos!", *El Mundo*, 5-5-1997, p. 2.
- p) FRAGUAS, Rafael, "Salvemos el patrimonio", *El País*, 27 de mayo de 2000, p. 80.

q) JOVER ZAMORA, J. M., "El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)" en *El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974; JOVER ZAMORA, J. M., "Corrientes historiográficas", en *Once ensayos de historia*, Madrid, 1976; TUÑÓN DE LARA, M., *Metodología de la historia social de España*, 2ª ed., Madrid, Siglo XXI, 1974; TUÑÓN DE LARA, M., "Historia", en AA.VV., *La cultura bajo el franquismo*, Madrid, E. de Bolsillo, 1977, pp. 23-46; PASAMAR ALZURÍA, Gonzalo y PEIRÓ, Ignacio, capítulo III: "La historiografía contemporánea en la posguerra española: entre el desinterés académico y la institucionalización política", en *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1987. En la nota 13 de la p. 78 se cita el trabajo de Gonzalo Pasamar, "Sobre sociología y metodología de la ciencia histórica en España: el caso de la revista *Hispania* (1940-1950)", para ser publicado en *Hispania: Revista Española de Historia*. En él se analiza la función conservadora de la metodología de pasos superpuestos y de "labores preparatorias" durante los años posteriores a la Guerra Civil. Se examina también el problema de la presión de las ideologías fascistas sobre la historiografía profesional de estos años. G. PASAMAR, "La formación de la historiografía profesional en los inicios del franquismo (academicismo y legitimización)", *Perspectiva contemporánea. España siglo XX* 1, octubre 1988, pp. 135-149; PASAMAR ALZURÍA, Gonzalo, *Historiografía en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, Universidad, 1991. Interesante: VALLS, Rafael, *La interpretación de la Historia de España y de sus orígenes ideológicos en el Bachillerato franquista (1938-1953)*, Valencia, Universitat, 1984.

Pueden resultar muy interesantes para calibrar las vicisitudes de los enfoques de los estudios históricos (personalista, hechos, economicista...) en estos últimos años en España: AZCONA, José Manuel (coord.), *Debates para una historia viva*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1990; FONTANA, Josep, *La Historia después del fin de la Historia*, Barcelona, Crítica, 1992; el libro homenaje al profesor Tuñón de Lara: AA.VV., *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999; ARÓSTEGUI, J., "Historia y tiempo presente. Un nuevo horizonte de la historiografía contemporánea", *Cuadernos de Historia Contemporánea* 20, Dossier, 1998. Es interesante hojear la obra de Emilio LLEDÓ, *Lenguaje e Historia*, Madrid, Taurus, 1996.

Véase el artículo de Carlos BLANCO AGUINAGA, "La estilística hispánica: esquema para un estudio de su rechazo de la historia", in *Actele Celul de-al XII-Lea Congress International de Lingvistica Si Filologia Romanica*, Bucarest, 1971.

- r) SECO SERRANO, Carlos, "España, historia inmediata", *El País*, 18-IV-1984, p. 10.
- s) Un ejemplo de ello es la obra de Frank MINTZ, *Recuérdalo tu y recuérdaselo a otros. Historia oral de la Guerra Civil española de Ronald FRASER*, Barcelona, Ed. Critica, 1979.
- t) Aparte de las obras de la nota 16, pueden verse, entre otros, VALLS, Fernando, *La enseñanza de la literatura en el franquismo, 1936-1951*, Barcelona, Antoni Bosch, 1983. En cuanto a otras asignaturas, puede verse: CAIVANO, F., "Aprendizaje de la lectura e inculcación ideológica", *Cuadernos de Pedagogía* 7, 1977, pp. 32-5; GARCÍA CRESPO, Clementina, *Léxico e ideología en los libros de lectura de la escuela primaria (1940-1975)*, Universidad de Salamanca, 1983; GÓMEZ, A. L., *La geografía en el Bachillerato español (1936-1970)*,

Universitat de Barcelona, 1985; VALLAS MONTES, Rafael, *La interpretación de la Historia de España y sus orígenes ideológicos en el bachillerato franquista*, Universitat de València, 1984; CLEMENTE LINUESA, María, *La historia en los textos escolares de la escuela primaria (1945-1975). Estructura científica y análisis ideológico*, Tesis Doctoral, Universidad de Salamanca, 1981; MARTÍNEZ TÓRTOLA, Esther, *La enseñanza de la Historia en el primer bachillerato franquista (1938-1953)*, Madrid, Tecnos, 1996.